

18° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 13.09.2014

Decía ayer que la vida nueva en Dios que nos prometen los Salmos, que los Salmos nos hacen desear y pedir a Dios, solo se hace posible y se cumple en plenitud “en Cristo”. He citado ya a este propósito una frase de san Pablo a los Corintios: “Por tanto, el que está en Cristo, es una criatura nueva; pasó lo viejo, todo es nuevo.” (2 Cor 5,17). Esta es la novedad que estamos llamados a profundizar y vivir, porque en ella se realiza el misterio cristiano, el misterio pascual. Se trata justamente de una *nueva creación*, un ser renovados radicalmente, ontológicamente.

Esta novedad, esta nueva creación, se realiza objetivamente con el sacramento del bautismo. El bautismo nos hace nuevos en Cristo, nos recrea en Cristo. Una persona bautizada es nueva en Cristo. Pero esta novedad es ofrecida y dada a nuestra libertad que está llamada a corresponder toda la vida a la novedad ontológica que se le concede en Jesucristo. Uno puede vivir toda la vida sin corresponder a esta nueva creación. No puede eliminarla, pero puede renegar de ella. Con más frecuencia, esta novedad yace ignorada en nosotros y, en cierto sentido, no le permitimos “conquistar” nuestra vida, convertirse como en una fuente que recrea y renueva toda la vida. Pero la Iglesia, gracias a Dios, nos acompaña y nos ayuda a no dejar inactivo nuestro bautismo. Nos educa para vivir la novedad de la creación de la gracia bautismal, a través de una comunidad (normalmente comenzando por la familia) que nos educa, catequiza, y que con los otros sacramentos permite a la gracia bautismal penetrar y transformar toda nuestra existencia humana, incluso y sobre todo cuando tiene necesidad de ser perdonada en la fragilidad.

La vida monástica, la vida consagrada, es una concentración sobre esta tarea de la Iglesia para permitirnos vivir plenamente la novedad del bautismo, la nueva creación en Cristo del bautismo. Por esto, la vida monástica debería concentrarse esencialmente en el “vivir en Cristo” todo. La Regla de san Benito puede ser considerada como una ayuda y un método para aprender a vivir todo en Cristo y, por lo tanto, a vivir como criatura nueva. En esto es evidente que la vocación monástica es y debería ser en la Iglesia una ayuda y un signo para todos los fieles en su vivir en plenitud la vida bautismal, la vida pascual en Cristo. Pero la vida monástica es esto si quien la vive se *concentra* en esta gracia y vocación de vivir en Cristo, si las comunidades, a pesar de todas las actividades y ministerios, están concentradas en esta experiencia. Una experiencia que es global, como es global la vida de Cristo. Quiero decir, y sé que me repito, que se trata de una mística que no concierne solo a la oración y a la espiritualidad, sino a todas las dimensiones de la vida. En efecto, *en Cristo* estamos llamados a vivir la relación con Dios, pero también la relación con los hermanos y hermanas.

San Benito, citando san Pablo a los Gálatas (2,28), pide al abad que no se deje llevar de preferencias, porque “esclavos o libres, todos somos uno *en Cristo*” (RB 2,20).

En los instrumentos de las buenas obras, nos pide “orar por los enemigos en el amor de Cristo – *in Christi amore pro inimicis orare*” (RB 4,72). Este consejo es muy interesante porque sintetiza el centro y la amplitud de la mística cristiana, que es un “*in*” que coincide con un “*pro*”, una experiencia interior que se irradia en amor universal, en servicio universal, como la oración cristiana, que es siempre un penetrar en el amor de Cristo para abrazar en él a toda la humanidad, hasta las “periferias” más lejanas de nosotros que son los “enemigos”, es decir, aquellos que de una forma u otra, no nos aman o que nosotros no amamos. Comprended ahora de qué manera debe ser profundo el “en Cristo” si debe permitirnos abrazar todo y a todos, sin límites. Pretender poder ser “*pro*”, poder amar a todos, poder ocuparse de todos, poder dar la vida por los demás, incluso por los enemigos, sin cultivar el “*in*” de la relación mística con el Señor, sin dejarse dar su Corazón, como hemos visto, es una superficialidad que antes o después arruina nuestra vida y nuestra vocación, e incluso a los demás que pretendíamos ayudar. Una superficialidad y una división en la vida cristiana que antes o después “rompe” la vida, la fe, la vocación que tenemos.

En efecto, la vida cristiana es una verdadera vida, una vida unida, si en nuestra unión a Cristo no disociamos la vida interior de la caridad, el vivir en Cristo del vivir para los demás. Querer ser en Cristo sin dejarnos irradiar por Él en el “*pro omnibus*”, en el “por todos”, no es mística, sino pietismo estéril. Pero incluso querer ser “*pro omnibus*”, dedicados a todos y a todo, sin sacar esta donación de uno mismo de la fuente del amor íntimo y personal de Cristo, antes o después se convierte en un activismo aún más estéril que el pietismo. Solo si el *in* y el *pro* se implican siempre mutuamente, si se atraen el uno al otro como los polos de un único amor, el de Cristo, la vida cristiana da fruto con paz y armonía, con humildad y alegría, y también con libertad.

San Benito nos pide esto en toda la Regla, pero en este instrumento de las buenas obras – *in Christi amore pro inimicis orare* – consigue expresar todo este misterio en una síntesis que es como una perla que tenemos que tomar como un tesoro a meditar dentro del contexto de la vida diaria y dejarnos convertir por esta conciencia. Probad a vivir la vida diaria, por ejemplo, durante la salida del lunes, pensando en esta llamada y gracia de poder vivir “*in Christo pro omnibus* - en Cristo, por todos”; y quizá pensando también en favorecer entre nosotros esta profundidad y anchura, este centro y esta irradiación, propia de la vida cristiana y monástica. La vida se hace rápidamente una aventura muy interesante por la sed y plenitud de nuestro corazón y la sed de amor de todo ser humano.

En el fondo, esta es la teología mística de los discursos de Jesús en la última Cena en el Evangelio de san Juan, sobre todo en el capítulo 15. “Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada” (Jn 15,4-5).

¿Qué es el fruto de una persona, de una vida? Si Jesús utiliza esta metáfora es porque lo que es un fruto para un árbol es símbolo de cómo debe ser la fecundidad de una vida. ¿Qué es el fruto del árbol? Para el árbol el fruto es lo que contiene y nutre a la semilla. Un buen racimo de uvas es en realidad una pulpa nutriente que contiene y nutre la semilla que permite a la vid reproducirse. Pero, al mismo tiempo, el fruto no es solo lo que es para el árbol: es alimento y placer para los insectos, los animales y los hombres que lo comen. El fruto es “para”, es “pro”. Es para la vida del árbol y de todos los que se nutren de él. El fruto de la vid es para reproducir a la vid, pero también para alimentar y alegrar al hombre. Puede ser comido, pero puede también servir para producir vino. La uva es un fruto que puede ser “para los demás” de un modo siempre más amplio. Puede llegar incluso a ser transformado en la Sangre de Cristo en la Eucaristía y, por lo tanto, alimentar en nosotros no solo la vida humana, sino la vida divina. Este “ser para los demás” es siempre más amplio y universal, como el fruto de la vid, en el que Jesús ve un símbolo de la verdadera fecundidad de la vida de los discípulos. Pero todo este irradiarse hasta el infinito de la fecundidad de la vid y de la vida – en efecto, ¿qué hay más infinito y eterno que la Sangre eucarística de Cristo! – no puede realizarse sin la “raíz” del “estar en Cristo”: “Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí” (Jn 15,4b).

No es por casualidad que san Benito pida a quien es ordenado sacerdote en el monasterio que “progrese cada vez más en Dios – *magis ac magis in Deum proficiat*” (RB 62,4). ¿Y cómo debe progresar en Dios? Siguiendo la Regla con una obediencia aún más humilde, porque esta es la forma en la que el monje permanece enraizado en Cristo (cfr. RB 62,2-4).

Pero esto vale para todos: cuanto más está llamada nuestra vida a dar fruto por los demás – y el fruto es siempre para los demás – más necesidad hay de profundizar el permanecer en Cristo, el vivir en Cristo, es decir, la dimensión bautismal y mística de nuestra vocación.